



II

SIN DESDEÑAR LA POESÍA

*Al señor Director de la revista **El Ateneo**:*

Muy señor mío y amigo: Cuando iba á salir el número 1.º de la Revista que usted tan hábilmente dirige, harto sabe usted que me opuse á que el Presidente de la Sociedad que da nombre á la Revista, y los Presidentes de las Secciones en que la Sociedad se divide, figurasen como formando un *comité consultivo* de la Revista misma. Si al cabo cedí y consentí en que saliera á relucir

mi nombre, fué porque mis compañeros cedieron y consintieron; y yo no quise pasar por díscolo. Además, yo entendí que esta exhibición de nuestros nombres era honra que usted quería hacernos y que no nos comprometía á nada. En un periódico donde no se inserta artículo que no vaya firmado por alguien, el único responsable de cada sentencia es el autor del artículo en que la sentencia va escrita. De lo no firmado, debe responder usted que dirige el periódico, y no Cánovas, ni Pidal, ni el conde de Morphy, ni yo, que ni somos consultados á cada paso, ni tendríamos tiempo para responder á cada consulta, dado que nos consultasen.

Ignoro quién es el autor del prospecto de *El Ateneo*. Sólo sé que yo no he visto dicho prospecto sino después de publicado. Así, pues, yo no tengo obligación de responder de cualquiera herejía ó atrocidad que en dicho prospecto haya podido salir estampada.

El insigne poeta D. Ramón de Campoamor cree haber descubierto una herejía ó atrocidad en el prospecto; y como

entiende que es un insulto á la poesía, se revuelve enojado contra el autor y le dispara y atiza un gracioso y tremendo artículo en *La Ilustración Española y Americana*.

Digo la verdad: si yo creyese que Campoamor tenía razón, declararíala que yo no quería defender la sentencia del *prospectista*, y hasta aconsejaría á usted que no la defendiese tampoco, sino que se confesase culpado, pidiese humildemente perdón, y se retractase de sus errores. La poesía es tan reverenda y tan divina, que no hay desdoro en humillarse ante ella con acatamiento profundo. Merecería, quien no lo hiciese, padecer el castigo horrible que dió Apolo al sátiro Marsías, desollándole vivo, ó el castigo más suave, aunque harto ridículo, que dió el mismo dios al rey Midas, alargándole las orejas.

Por dicha, el autor del prospecto no ha menester de retractación para no incurrir en tamaña pena. La letra mata, pero el espíritu vivifica. Si atendemos al sentido literal, al decir que aceptará la Revista todo trabajo literario, *sin desdeñar*

la poesía, el autor del prospecto, mirada someramente su obra, desdeña la poesía con soberano é irritante desdén; pero ¿qué poesía es la que desdeña? Aquí está el *quid* de la dificultad. La poesía que desdeña es la falsa, y, profundizando bien en la mente del *prospectista*, harto se ve que dice esto, movido por el más religioso respeto hacia la poesía verdadera. Sus palabras implican el mayor encomio que de la poesía puede hacerse. Y esto es lo que yo voy á demostrar, en contra de Campoamor, cuya defensa de la poesía me atrevo á sostener que no la halaga y sublima ni la centésima parte que el aparente desdén del *prospectista*.

Si alguien tuviese nobilísimos pensamientos, y en vez de expresarlos valiéndose de la palabra rítmica y melodiosa, los expresase en prosa ruin, Campoamor tendría razón en compararle á la Princesa del cuento que guardaba los diamantes en una cazuela; pero todavía sería peor si alguien, desprovisto de esos pensamientos nobilísimos y provisto de tonterías, tratase de hacerlas valer con el sonsonete de las coplas. Entonces,

ya no sería la Princesa que guarda diamantes en cazuela, sino el rústico que toma los vasos de oro, donde Hebe ministra el néctar á los dioses, y los llena de bellotas ó de algarrobas para los cerdos.

Las comparaciones prestarán acaso amenidad al discurso, pero nada prueban.

No se concibe autor, por premioso y torpe que sea en sus palabras, que no las halle dignas y hermosas cuando tiene sublimes pensamientos que expresar; ni se concibe tampoco autor, capaz de crear una forma perfecta, y que sólo atine, valiéndose de ella, á expresar tonterías. El fondo es más dependiente de la forma, y la forma más dependiente del fondo, de lo que vulgarmente se cree. Nadie, aun suponiéndole muy irreflexivo y disparatado, deja, por instinto, de escanciar el vino generoso en la más rica copa, ni de echar el afrecho en el dornajo de la zahurda, reservando la cincelada bandeja para poner en ella bizcochos y confites.

Dejemos, siquiera por un momento, el estilo figurado, y vamos llanamente á la cuestión.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

010509

Yo gusto tanto como Campoamor de la poesía y de la metafísica; pero la poesía es el arte inútil, y la metafísica la ciencia inútil; son el lujo mental: las disciplinas liberales en contraposición de las ciencias y de las artes útiles ó serviles. Infiérese de aquí, penetrándose bien del sentido de la división y distinción que hago, y que son muy aristotélicas, que es útil, conveniente y hasta indispensable hablar en prosa: todos tenemos que ser prosistas, aun sin saber que lo somos; pero poetas y metafísicos no es necesario que lo seamos. El prosista, pues, reclama indulgencia; con el poeta y con el metafísico importa la severidad. Nadie les manda filosofar ni poetizar. Casi es desvergüenza gastar este lujo, cuando no tiene el que le gasta capital para ello. ¿Va comprendiendo el Sr. Campoamor en qué sentido dice el *prospectista*, *sin desdeñar la poesía*? Esta poesía que se allana á no desdeñar, es la que sospecha que puede ser de mala ley.

Y ni la sospecha del *prospectista* es infundada, ni es arbitraria la interpretación que yo doy á su frase. Sea como sea,

yo acepto la frase *sin desdeñar la poesía*, como si yo la hubiera escrito, y voy á defenderme. Imaginemos que yo soy autor del prospecto, director, editor y propietario de la revista *El Ateneo*. Hablo por mi cuenta de aquí en adelante.

Si no desdeño la poesía, esto es, si abro la mano en lo tocante á versos y les doy en mi publicación siquiera la cuarta parte de cabida que á la prosa, tendremos al año seis números llenos de versos, y como cada número consta de 160 páginas, y en cada página entran 50 versos, resultará, $160 \times 50 \times 6$, ó dígase una cosecha de 48.000 versos anuales. Quiero suponer, y es suponer longánimo, que de estos 48.000 versos, 8.000 son buenos; y nos quedarán siempre 40.000 que no habrá Dios, ni hombre, ni poste que los aguante. ¡Bonito negocio haré, pues, con mi Revista! Mi ruina será segura.

Ni siquiera me valdrán los 8.000 versos buenos. De cada diez lectores, uno á lo más será bastante crítico para descubrirlos en el fárrago de los malos, y para deleitarse con ellos.

Veó venir la primera objeción á este

VEO
ALFONSO REYES
Abdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

razonamiento, pero no me asusta; la réplica es obvia.

Si los versos son malos, á razón de seis por uno, esto es, si sólo hay una sexta parte sufrible, ¿por qué no ha de ocurrir lo mismo con la prosa? Y si ocurre lo mismo, tendremos, que de los 144.000 renglones en prosa que publicará *El Ateneo* cada año, sólo 24.000 podrán sufrirse.

Mi candor y mi modestia no me consienten negar que $\frac{5}{6}$ de la prosa de *El Ateneo*, empezando por la mía, podrá ser mala. Pasemos adelante. Decidamos que lo es; pero en toda esta mala prosa, ó en casi toda, hay una utilidad, una conveniencia ó una necesidad, que la salva. Ya es la oración inaugural de un curso universitario, ya un extracto de noticias sobre descubrimientos científicos, ya la vida de algún personaje célebre; en suma, asuntos todos que importa que se digan y se sepan; que conviene divulgar, aunque sea sin arte, porque su fin, conveniencia ó necesidad no está en el arte con que se dicen, sino fuera del arte. Claro está que hay arte en la prosa, pero no hemos de poner mordaza á cuantos

no sean artistas; no hemos de ser de peor condición que los pitagóricos, enmudeciendo toda la vida, como enmudecían ellos durante los cinco años de noviciado.

En suma, la prosa es indispensable é inexcusable. Todos hacemos prosa por fuerza, y todos por fuerza la leemos.

Las discusiones parlamentarias, los dictámenes de los cuerpos consultivos, las leyes, los reglamentos, los libros de texto, todo está en prosa. Bueno sería que esta prosa no fuese mala; pero, en fin, aunque sea mala, como es una necesidad, conviene conformarse y resignarse con ella, mientras que los versos... ¿qué necesidad tiene nadie de hacer versos en nuestro siglo?

Así es que, en comparación de la inmensa cantidad de prosa con razón, es pequeñísimo el número de versos que con razón se escriben. Por cada cincuenta prosistas tolerables habrá, á lo más, un poeta que lo sea. Y aun este mismo poeta escribe mucho más en prosa que en verso. El Sr. Campoamor tiene en prosa *El personalismo*, *El idelismo* y otros va-

rios libros, que ocupan más que todas sus fábulas, doloras y grandes y pequeños poemas. Quintana, con solo las *Vidas de españoles célebres*, llena más papel que con sus tragedias y sus odas. La cuarta parte de *Los novios* de Manzoni hace más volumen que todos sus himnos, poemitas y dramas.

Todo tira á demostrar que la buena poesía es rara, y no sirve ni vale para rellenar Revistas. Larga vida vivió Gallego, y dejó para admiración de la posteridad dos ó tres buenas composiciones poéticas. Todos los versos originales de Fray Luis de León no forman la quinta parte de las páginas que tiene el menor de sus tratados en prosa.

Ahora bien; esta escasez de buena poesía, que se nota en toda la prolongación de la historia literaria del mundo, ¿no hace presumir, no revela que la buena poesía es hoy también muy escasa? Y si acudiesen poetas, con muchísimos versos, á llenar la Revista, ¿no nos darían á sospechar que los tales versos habían de ser muy malos?

En virtud de tan legítima sospecha,

pasándonos de indulgentes y de benignos, y creyendo que entre tanto malo hemos de hallar algo que nos parezca bueno, decimos, pues, fundadamente, *sin desdeñar la poesía*. Esta poesía, que *El Ateneo* no desdeña, no es la poesía ya depurada y aquilatada, sino todas las arenas del Pactolo y del Tajo y del Darro, con las que nos avenimos á cargar para ver si sacamos de ellas algunos granillos de oro. Esto, interpretado con rectitud, es lo que significa la frase *sin desdeñar la poesía*, que tanto ha enojado al Sr. Campoamor. Es como si dijéramos: no queremos desdeñar ni desatender ese montón de coplas que puede presentársenos, por si acaso sacamos de él alguna que otra copla que sea verdadera poesía.

Aun así, y por no desdeñar la poesía, contraemos grave responsabilidad y nos echamos á cuestras una obligación harto penosa de cumplir. La prosa tolerable, la que enseña algo, divierte ó interesa; la que trae alguna utilidad ó cumple algún propósito, es fácil de reconocer; pero para distinguir, en una masa ingente de

versos, algunos que sean buenos, es menester mucho tino, despejado criterio y un juicio tan certero y claro, que rara vez se halla en nadie. La bondad de los versos no es al principio y para todos manifiesta. Nos exponemos, por consiguiente, si publicamos versos, á publicar mil simplezas, que á nada conducen, mientras que la prosa, hasta la más simple, conduce á algo y algún propósito lleva, como, por ejemplo, la de esta carta, donde queda probado que, al decir *sin desdeñar la poesía*, hacemos alarde y damos muestras del más entrañable amor y de la más fervorosa devoción á la poesía verdadera, por quien nos exponemos á escoger la falsa y la inaguantable y á embadurnar con ella algunas columnas de nuestro periódico.

Repito que yo me siento muy lisonjeado de figurar en el *Comité consultivo* de la Revista, si esto se considera mero cargo honorífico, pero no si se entiende que he de ser censor y fallar sobre el mérito de las poesías de éste ó de aquél. Yo me recuso, yo me inhiho de tan arduo asunto. Y no por creerme severo, sino por

creerme blando, facilitón y sin pizca de autoridad.

En mi ya larga vida, he sido con frecuencia crítico de poetas. Para sólo media docena de los que he encomiado, y entre ellos cuento á Campoamor, á Núñez de Arce y á Becquer, ha venido el público á confirmar mi sentencia con el aplauso. A los demás, de nada ó de poco les ha valido mi sentencia favorable. ¿Cómo, por consiguiente, quiere usted que tenga yo fe en la certidumbre de los juicios sobre poetas contemporáneos? Mi opinión, contraria á la del público, se ve hasta en lo tocante á mi propia persona. Es evidente que yo no creo malos mis versos, cuando los he publicado: pero también es evidente que no he logrado infundir en el público mi creencia. Si pusiese yo aquí una lista de los poetas encomiados por mí, y en cuyo encomio persisto con terquedad, se pasmaría usted de la discrepancia que hay entre mi criterio y el de la generalidad de mis conciudadanos.

No quisiera yo citar nombres propios, pero saltaré por todo y citaré algunos

que acuden á mi memoria, de poetas que viven, y á quienes he encomiado, en esta Península, sin contar con los poetas de América. Yo creo, por ejemplo, buenos poetas á Querol, á Zorrilla, á Miguel de los Santos Álvarez, á Teodoro Llorente, á Velarde, á Alarcón, á Menéndez Pelayo, á José Alcalá Galiano, á Ferrari, á Narciso Campillo, y aun á varios de los que en sus *Ripios aristocráticos* fustiga Valbuena. En suma, como yo entiendo que este siglo es el siglo de la poesía lírica, ¿qué menos he de conceder á España, de buenos poetas, que veinte siquiera? Pues bien; *Clarín* dice que sólo hay ahora dos poetas y medio. Los dos poetas enteros son Campoamor y Núñez de Arce; el medio poeta es Manuel del Palacio: los demás somos, si acaso, moléculas, átomos de poetas.

Maravillémonos de lo incierto y de lo contradictorio de los fallos, y que esta incertidumbre y esta contradicción justifiquen la frase, para Campoamor escandalosa, *sin desdeñar la poesía*.

Aceptando el criterio de *Clarín*, los únicos que por entero pudieran enojarse

de la frase, serían Campoamor y Núñez de Arce; el que pudiera enojarse á medias, sería Manuel del Palacio. Todos los demás tendríamos que dar las gracias al *prospectista* porque no nos desdeñaba. Si nos ponemos, como yo deseo, en un término más razonable; si concedemos que los poetas vivos y en actividad son más de dos y medio, y llegan á veinte, todavía estos veinte nos darán poco original que insertar en nuestra Revista. Tendremos que emplearnos en descubrir poetas nuevos; y de este empleo es del que yo, por mi parte, hago dimisión, me declaro incompetente.

En la segunda mitad del siglo XIX, en que vivimos, sólo ha habido un hombre que, en España, haya tenido la gloria de descubrir un nuevo poeta, reconocido como tal por el público. El descubridor ha sido Correa, y el descubierto, Becquer; y todavía, para hacer este descubrimiento, ha sido menester que Becquer se muera ignorado y sin llevar en su alma la consolación y la esperanza de que le aguardaba la grandísima fama póstuma de que goza hoy.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA
"ALFONSO ALTES"
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Indudablemente, la buena, reconocida é indisputable poesía, es difícil de hacer, y no menos difícil de juzgar. Cicerón, con ser tan elocuente, tan discreto y tan sabio, era, según dicen, detestable poeta, y sobre este punto se engañaba. Dionisio de Siracusa fué uno de los tiranos de más talento, habilidad y sabiduría que ha habido en el mundo. Hacía versos y los creía excelentes. Un sabio profundo de su corté creía que eran abominables los versos de Dionisio. Se lo dijo, y Dionisio quiso vengarse de él, y le cerró en un calabozo, á pan y agua. Le perdonó al cabo, y le volvió á su gracia. Cierta día empezó á leerle de nuevo versos suyos. Y el sabio exclamó en seguida: "Que me lleven al calabozo otra vez., ¿Consideraría abominables los versos cuando prefería el calabozo? Tenemos, pues, aquí á dos personas de grandísimo mérito intelectual ambas, que en punto á poesía tienen opiniones diametralmente contrarias. ¡Vaya usted á decidir cuál de los dos tendría razón!

Esta inseguridad sobre lo que en poesía (en verso) es bueno ó malo, ha existi-

do y existirá siempre. Cervantes se creía poeta, y los hombres de su tiempo, y después la posteridad, se han empeñado en decir que era mal poeta. Yo voto en contra; pero, ¿qué vale mi voto?

Ninguna Academia ó Corporación literaria ha premiado jamás poesía lírica, sin que protesten, chillen, vociferen y clamen contra su decisión cuantos se creen entendidos. En cambio, nadie protesta, y todos convienen en los fallos de las mismas Academias y Corporaciones cuando han premiado una obra en prosa, y, sobre todo, cuando la obra es erudita ó científica y se roza poco con la poesía.

Y no es que nos ciegue, al juzgar los versos, la amistad ó la enemistad, el amor propio ó la envidia, sino que es oscuro lo que nos guía en la aplicación de la ley estética para el verso, aunque la ley sea clara.

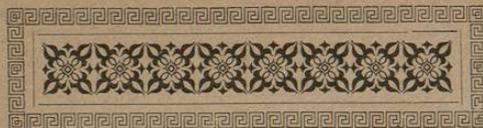
¡Cuántos no han juzgado á Lucano superior á Virgilio; cuántos, no hace mucho, calificaban de bárbaros á Dante y á Shakspeare; cuántos no colocan hoy á Víctor Hugo sobre Homero!

Para evitar, pues, tanto tropiezo y sa

lir de tantas dudas y confusiones, lo mejor es que publique la Revista todos los versos que quieran dar los dos poetas y medio, ó bien (extendiendo más nuestra aprobación que Clarín) los diez ó doce que ya el público ha canonizado: y que en lo demás, *sin desdeñar la poesía*, publique la Revista muy poco, no sea que se equivoque en la elección, ó no sea que el público se equivoque, creyendo que la Revista es la equivocada, lo cual para el interés editorial de la Revista importa lo mismo.

Es cuanto tengo que decir en defensa de la frase, causa del enojo de Campoamor.

V.



LA POESÍA

DESDEÑADA POR LA CIENCIA Y POR LA PROSA

I

DESPUÉS de echarme las manos á la cabeza lleno de estupefacción, permitidme, lectores, que os pregunte: "¿Habéis leído lo que contesta el señor don Juan Valera á mi artículo *La poesía desdeñada por la ciencia?*" Pues dando una patente de vida eterna á la prosa, expide además una partida de defunción á la metafísica y á la poesía, redactada con claridad y del modo siguiente:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFonso REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO